

# UNA CARTA.



SR. D. ANTONIO ARZÁC.

Muy señor mío y amigo estimado: Va á tocar á su término mi permanencia en *Donostia*, y no quiero despedirme sin dejarle un recuerdo en su EUSKAL-ERRIA. A sus páginas consagro, pues, estas líneas, caso de que á V. le parezcan dignas de ser sacadas á luz pública en letras de molde.

Una vez más le repito mi agradecimiento por la dedicatoria de sus conceptuosos versos titulados *Egiaz*; pero no le he dicho, me parece, mi juicio sobre su fondo, y ¿quiere V. que se lo diga en puridad de verdad? Pues bien; suponiendo afirmativa su respuesta, he de manifestarle que *de veras* me dijo V. una verdad amarga, que me cayó sobre el ánimo como jarro de agua fría; porque ¿qué significaba para mí eso de leer V. nuestros fueros, nó en su texto escrito, sino en las marchitas hojas de roble con que los tiene V. cubiertos, sino que mis celebraciones, en dilatada serie de artículos en el *Laurak-Bat* de la Habana, de la *democracia bascongada*, han sido como se dice canto sobre un difunto creyéndolo vivo todavía, pues ya esa hermosa democracia es cosa que fué y no existe? Y no es lo más amargo lo que de

penosa decepcion tiene eso para mí personalmente, sino que despues de todo ha dicho V. una *egi latza*, como decia el malogrado dramaturgo Eguilaz, el autor de «Verdades amargas»: es una verdad amarga, pero una gran verdad: la democracia celebrada por mí desapareció.

He leído en una de las páginas de la gramática de D. Arturo Campion que el bascuence se salvará y nos salvará, y yo creo, por lo que observando voy, que se equivoca grandemente en esperar tal mudanza, pues lo que yo veo, desde que tras largos años de ausencia he vuelto á mi país, es que se va olvidando el bascuence, y *aindamáis*, y lo que es peor, se va perdiendo la afición á hablarlo. No nos parecemos en esto á los catalanes, que no pierden ocasion de hablar catalan donde quiera que se junten dos paisanos. Observando yo este triste fenómeno, á poco de llegar, á un amigo, me decia:—tan es verdad eso, que no teniendo, como no tienen ya, los chicos de la escuela, como la teníamos nosotros, prohibicion de hablar bascuence, cuya *falta* (¡qué palabra esta tan vergonzosa! ¡castigar el acto de hablar la lengua nativa, y lengua tan peregrina como la bascongada, la más sabia y la primera que se habló en España!), prefieren sin embargo hablar en castellano.—

¿De qué dimana esto? ¿A quien culpar de tamaño mal?

A nadie hay que culparle particularmente, pues todos ponemos las manos en él: los más entusiastas de nuestra lengua hablamos de preferencia el castellano: nuestros fueros están escritos en castellano, en castellano se redactaban las actas de nuestras juntas forales, y el castellano es nuestra lengua oficial. No era posible que viviéramos incomunicados del resto del mundo: las murallas de nuestras montañas han sido rotas, y se van allanando, á favor de los túneles y las vías de comunicacion, lo mismo que se ha quebrado la famosa muralla de la China; y consecuencia forzosa de estas comunicaciones, que cada dia son más íntimas, es la tendencia á la unidad. Sí; es indudable, las naciones se compenentran, se comunican sus ideas, sus costumbres se modifican, y hasta los trajes se enmoldan en uno por la tiranía de la moda: el mundo camina hácia una gran unidad: la gran cuestion es, si al frente de ella vendrá el gran déspota que anunciaba Henri Heine, á regir el humano linaje con látigo de hierro, con el derecho del más fuerte, imponiendo su soberana voluntad por justicia, ó será un Príncipe de paz cristiano que enderece á la humanidad por los caminos de Dios, pues la gran lucha, que ya se dibuja en los anales contemporáneos, es entre «el viejo de la montaña», redivivo, y «el anciano del

Vaticano». Y es hora de formar en las filas de los ejércitos del uno ó del otro. ¿En cuáles nos alistaremos los bascongados?

Nuestro destino, nuestra vocacion, (pues vocacion la hay en las naciones y en las razas, como en los individuos), está fijada por nuestra historia, puesto que hemos sido siempre y eminentemente cristianos.

El mal actual del mundo fué significado por Proudhon en que volteamos en el vacío por haberse disuelto los principios, y esto, ni más ni menos, es lo que se va verificando en el país bascongado: los principios constitutivos del Euskal-erria se van disolviendo: su espíritu religioso, alma del fuero, de nuestro modo de ser en todo, que nació y se fué conservando *al amor de la lumbre de la jé católica*, como ha dicho el Sr. Castelar, ha perdido mucho de su fervor; el respeto á la autoridad, á la ley, á la justicia, ha tenido su quiebra; la familia bascongada, celebrada en las alturas de la Sagrada cátedra de Nuestra Señora de París, y por los más grandes publicistas, ha perdido mucho de su antiguo calor Patriarcal, y en fin, el verbo de su nacionalidad, el bascuence, se va.

Pero conocida la enfermedad, el remedio ya se sabe cuál es, restaurar esos principios vitales. Bajo este concepto, es á mi ver noble, elevada, plausible, la bandera de union bascongada, al proponerse juntar en unas mismas tiendas todas las buenas voluntades bascongadas, en las tiendas de los principios fundamentales, elevándose sobre las bajuras del politiqueo de partido; porque ¿hay cosa más hermosa que la union? Las sagradas escrituras de nuestra Religion Sacrosanta la encomian diciendo: ¡cuán bueno y sabroso es vivir todos en uno! La restauracion de nuestros fueros, de nuestras tradicionales costumbres, y la generalizacion de nuestra lengua, he aquí lo que debe ser el ideal bascongado, porque nuestra vocacion es perpetuar nuestra raza con todas las grandezas de su origen y de su historia.

Se empequeñece la cuestion bascongada al encerrarla en el pobrísimos marco del concierto económico, ó de la autonomía administrativa; porque todas esas cosas son condiciones exteriores, el cuerpo de nuestro ser; pero ¿y el alma?

Usted ha dicho bien en una palabra: es preciso *euskarizar*. ¿No ha querido V. significar con esto que es necesario fomentar la vida del bascuence, dilatar el euskarismo, purificar y renovar la savia del árbol bascongado al calor de los elementos de nuestra antigua democracia,

en que tan bien se compaginaron el amor cristiano, la union de las clases sociales, la fraternidad de todas las voluntades, la santidad del hogar doméstico, cuyas altas virtudes engendraron aquella nuestra proverbial honradez que nos hizo estimados en todo el mundo, y aquellos grandes caracteres de civismo y lealtad, cuya memoria guarda nuestra historia para ejemplo y dechado nuestro?

A V. le toca contestar á esto, y si he comprendido ó no bien el sentido de sus *itz neurtuak*. V. mismo es el que hará bien el comentario á su pensamiento encerrado en *Egiaz*; por lo cual pongo yo remate al mío, que no sé si le parecerá bien.

Y adios. Siempre suyo afmo. amigo S. S.

Q. B. S. M.

RAMON M.<sup>a</sup> DE ARAIZTEGUI.

San Sebastian, 27 Setiembre de 1891.

